

Paca Tricio
La rebelión
de los
mayores
Porque
la indignación
no se jubila
nunca

Paca Tricio

La rebelión de los mayores

Porque la indignación no se jubila nunca

Con la colaboración de

Juan Fernández

Prólogo de

Ana Pastor

península breve

© María Francisca Tricio Gómez, 2019

© Juan Fernández Pérez, 2019

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: enero de 2019

© del prólogo: Ana Pastor García, 2019

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019

Ediciones Península,

Diagonal 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición

DEPÓSITO LEGAL: B. 27.566-2018

ISBN: 978-84-9942-734-8

Índice

Prólogo: «Un calambre de dignidad», de Ana Pastor	11
1. POR QUÉ ESTAMOS INDIGNADOS	15
Los mayores, esos perfectos desconocidos	15
Las razones de un cabreo con arrugas	22
Este no es país para viejos	31
El edadismo, la discriminación de la que nadie habla	36
El síndrome del abuelo esclavo	53
No pedimos cariño, exigimos respeto	61
Jubilados en las calles: así se organizó la rebelión de los mayores	67
2. MAYORES ANTE EL ESPEJO	79
Abuelos, viejos, ancianos, jubilados... ¿Cómo queremos que nos llamen?	79

La nueva tercera edad ha llegado para quedarse	87
Qué cambia (y qué no) el día que firmas la jubilación	96
El envejecimiento activo no es solo un eslogan	104
El sexo, como la vida, no acaba a los 65	110
Mayores y dependencia: cuando las fuerzas no acompañan	116
Saquemos del armario los maltratos al mayor	124
La soledad mata más que los años	132
3. ¿QUÉ PASA CON LAS PENSIONES?	141
Los recortes duelen tanto como la artrosis	141
La pobreza también pinta canas	152
Mujeres viudas: solas y condenadas a la marginalidad	160
La paga del abuelo salvó a la familia española	167
No somos un gasto, somos una inversión	174
Políticos: tenéis un problema, arregladlo	180
¿Qué pedimos los mayores?	188
4. A ESTAS ALTURAS DE LA VIDA	197
¿Quién dijo miedo a la muerte?	197
Carta a un joven de hoy	202
Alegato al mayor: levántate, tienes mucho por vivir	208

Por qué estamos indignados

LOS MAYORES, ESOS PERFECTOS DESCONOCIDOS

Nadie esperaba la rebelión que las personas mayores pusieron en marcha en España a partir de febrero de 2018. De hecho, la primera reacción ante aquellas imprevistas manifestaciones de pensionistas fue de desconcierto y *shock*, tanto por parte de los gobernantes como de un amplio sector de la ciudadanía. Unos por desconocimiento de nuestra verdadera situación y otros por desdén hacia nuestra fuerza y capacidad de movilización, lo cierto es que pocos imaginaron ni sospecharon que los más veteranos del país pudiéramos lanzarnos a la calle, megáfono en mano, a gritar ¡basta!, ni que fuéramos capa-

ces de atraer la atención de toda la población de aquella manera.

De repente, sin previo aviso, casi por sorpresa, miles de jubiladas y jubilados de Bilbao, Madrid, Valencia, Málaga, Barcelona e incontables ciudades y municipios de toda la geografía ocupaban los minutos más destacados de los informativos con sus marchas y llevaban a todos los hogares sus reclamaciones. En pocos días, la protesta se había convertido en el asunto más urgente del país. Éramos protagonistas de la mayor agitación social vivida en España desde los tiempos del 15-M.

Los que en un primer momento nos miraron con extrañeza e incredulidad, ni entendieron qué pedíamos ni sabían de dónde salía el cabreo que nos había llevado a armar tanto ruido con semejante vigor. Fueron muchos los que, sin salir de su asombro, se preguntaron qué querrían decir aquellos mayores marchosos con las consignas que coreaban:

- «¡Gobierne quien gobierne, las pensiones se defienden!»
- «¡Las pensiones son un derecho ganado y pagado!»
- «¡Fuera ladrones de las instituciones!»
- «¡Jubilaciones dignas y blindaje constitucional!»

En realidad, esta perplejidad resulta comprensible si se tiene en cuenta el desapego, la ignorancia y en ocasiones el desprecio con que la sociedad española se relaciona con sus mayores. No existe un colectivo más grande en términos de población y más importante en cuanto a su influencia en la historia reciente del país que tenga, a la vez, menos presencia en la vida pública que el formado por los ciudadanos con más de 65 años. Los que hemos superado esta decisiva edad, ni figuramos entre los asuntos de interés social, ni aparecemos en los foros de representación pública, ni se nos espera en la agenda de cuestiones candentes pendientes de atender. Al menos, esa es la impresión que tenemos nosotros desde la posición que nos otorga nuestra edad.

Nuestras demandas no se escuchan en los debates de los políticos, salvo que se trate de época preelectoral y haya que regalar los oídos de los votantes con buenas palabras para conseguir papeletas en las urnas. Nuestras urgencias no están presentes en los medios de comunicación, salvo cuando ocurre alguna desgracia relacionada con un anciano, que normalmente es tratado con el filtro de la pena o de la culpa. Nuestros rostros no se ven en la publicidad, salvo cuando quieren vendernos algún producto fácilmente asignable al consumo de la tercera edad.

Nuestras penas y alegrías no suelen ser argumento de películas ni de series de televisión, y si aparecen en las tramas, solo lo hacen de manera colateral o repitiendo viejos tópicos del pasado que nada tienen que ver con nuestra realidad de hoy en día. No estamos en los consejos de dirección de las grandes empresas, ni en las cúpulas de los partidos políticos, ni en las tribunas del Parlamento, ni en las juntas de gobierno de las grandes entidades públicas... Sencillamente, no aparecemos. Somos, pero parece

que no existimos, como si resultáramos invisibles a ojos de una sociedad que nos ignora con la arrogancia de quien se cree eternamente joven.

Sin embargo, hablamos de un grupo de población formado por 8,9 millones de mujeres y hombres. Este es el número de españoles que a principios de 2018 tenía más de 65 años. Un colectivo que hoy representa a casi el 20 % de la sociedad y que no para de crecer año a año. No sé qué pensarán los representantes públicos, pero creo que este colectivo reúne a demasiada gente viviendo, consumiendo, participando y votando para que su voz lleve tanto tiempo silenciada y sus intereses, menospreciados.

Por eso entiendo que la rebelión de los abuelos haya pillado con el pie cambiado a partidos políticos y agentes sociales de todo orden y condición. Es lo que sucede cuando no prestas la atención necesaria a la gente con la que convives ni a la que se supone que estás representando en los foros públicos. ¿Cómo vas a ser su portavoz sin haber dedicado antes un minuto a interesarte por sus preocupaciones?

Con la perspectiva de alguien que lleva casi dos décadas conociendo de cerca la situación de las personas mayores en España a través de la asociación de jubilados más amplia de España, la UPD, de la que ahora soy presidenta, y a través de la experiencia de una jubilada que hace tres años pasó a formar parte del grupo de pensionistas de este país, me planteo reducir a lo largo de estas páginas esa brecha de ignorancia e indiferencia que separa a la sociedad de sus mayores.

A los que hoy siguen mirando con condescendencia y paternalismo a los más veteranos de la sociedad, cuando no con puro desprecio, me gustaría hacerles ver la pluralidad que hoy entraña la condición del mayor para que comprendan que todas las formas de envejecer merecen reconocimiento y respeto. Que entiendan de una vez que los jubilados de principios del siglo XXI no nos sentimos representados por la imagen que antiguamente había de nosotros. Que los mayores de hoy estamos decididos a ser actores de la vida en sociedad y ya no nos conformamos con seguir siendo

simples espectadores que aguardan en silencio y actitud pasiva la llegada de la muerte. Que si el mundo ha cambiado, nosotros también lo hemos hecho. Y que en justa correspondencia con ese cambio, exigimos que nuestra relación con la sociedad también sea distinta. Reclamamos que nos tenga más en cuenta de lo que se nos ha tenido hasta ahora. Reclamamos nuestro sitio en el mundo de hoy.

Esta petición se expresa de muchas maneras. Demandando pensiones justas, y de dinero hablaré bastante en este libro, pero también exigiendo que se nos trate con el respeto que merecemos y con la atención que requiere un sector de la población tan amplio, variado y delicado como el nuestro. Tal vez, conociendo cuál es nuestra realidad, con nuestras luces y nuestras sombras, con nuestro potencial y nuestras flaquezas, y sobre todo con nuestras carencias, los que se han llevado las manos a la cabeza al vernos movilizados en las calles de toda España comprendan cuál es la indignación que pone en marcha nuestra rebelión. La nuestra es una indignación que no se jubila.

A los que han superado los 65 años, espero que este libro les sirva para sentirse reconocidos, empoderados y afirmados en el deseo de vivir este tiempo que nos espera de otra manera muy diferente a como lo vivieron nuestros abuelos. Con más voluntad de ser, actuar y disfrutar de la vida, exigiendo el respeto que merecemos y plantando cara al sentimiento de indolencia y rendición que arrastrábamos. Conscientes de nuestra dignidad y sabedores de todos los derechos que nos corresponden, y a los que no vamos a renunciar. Siendo, como somos, exponentes de una nueva tercera edad que ha venido para quedarse y que no va a parar hasta conseguir lo que reclama. Es de justicia.

LAS RAZONES DE UN CABREO CON ARRUGAS

Todo incendio, desde el que acaba arrasando un bosque al que pone en pie de guerra a una comunidad o a un país entero, acostumbra a arrancar de un chispazo inicial que desencadena todo lo que viene después. Normalmen-

te, debajo de él, o anticipándolo, hay factores que han estado calentando el terreno durante tiempo y que explican que el fuego prenda tan rápido. El monte no arde si antes no se dan ciertas condiciones de temperatura, humedad y viento. Tampoco los colectivos humanos suelen montar una revolución porque sí, de la noche a la mañana, sin un motivo previo.

En el caso de la rebelión de los mayores, existe una colección de agravios que se han ido acumulando a lo largo del tiempo y que detallaré más adelante, pero si hay que señalar un acontecimiento que desató nuestra indignación, ese fue, sin duda, abrir en enero de 2018 nuestros buzones postales y encontrarnos con la carta que nos envió la entonces ministra de Empleo y Seguridad Social, Fátima Báñez, para anunciarnos a bombo y platillo, como si fuera la mejor de las noticias del mundo, que nos iba a subir la pensión un 0,25 %.

Aquella fue la gota que colmó el vaso de nuestro cabreo. Si ya era motivo de enfado que nos comunicaran por tercer año consecutivo que nuestras pensiones iban a incrementarse

menos que el Índice de Precios de Consumo (IPC) y que nuestra calidad de vida se iba a ver nuevamente deteriorada, lo más irritante de aquella carta fue el tonillo de autosuficiencia y paternalismo que su firmante empleaba para dirigirse a nosotros, casi sugiriendo que deberíamos darle las gracias por haber tenido la deferencia de ofrecernos esa mísera subida. En el colmo de la indignación, en esos días nos enteramos de que el dinero que el Gobierno se había gastado en el envío de esa bochornosa carta era mayor que la suma del aumento de nuestra pensión.

Hay que tener poca sensibilidad hacia el colectivo que se supone que representas para hacer algo así. Mi reproche no va cargado de ideología, se dirige hacia toda una clase política que durante muchos años ha maltratado al mayor. Solo una clase política que desconoce la situación real de los jubilados puede utilizar la carta oficial del anuncio de la actualización de nuestras pensiones para recordarnos los logros económicos conseguidos por el Gobierno y afirmar que la Seguridad Social reconoce hoy

más prestaciones y derechos que nunca, algo que es rotundamente falso.

«Debemos seguir trabajando en esta dirección, salvaguardando los valores que nos hacen sentirnos orgullosos de nuestro modelo, sobre la base de su sostenibilidad y su perfeccionamiento», sugería aquella carta oficial.

¿Su perfeccionamiento? ¿A reducir nuestras pensiones frente a la subida del coste de la vida le llaman ahora perfeccionamiento? ¿Este es el modelo del que debemos sentirnos tan orgullosos, el que nos empobrece año a año?

La sensación que tuvimos muchos jubilados cuando recibimos aquella carta fue de profunda rabia e indignación. Es esa sensación que te queda en el cuerpo cuando notas que han intentado engañarte, que te toman por tonto, que quien se encuentra al otro lado, que se supone que está ahí para defenderte, no conoce tu realidad.

Con el trascurrir de los días, esta sospecha acabó convirtiéndose en plena convicción y, de rebote, en el empujón que necesitábamos los más viejos del lugar para animarnos a rebelar-

nos. En el fondo, casi deberíamos darle las gracias a quien se le ocurrió mandar aquella carta, porque gracias a ella decidimos lanzarnos a las calles a protestar.

¿Por qué lo hicimos y lo seguimos haciendo? Porque estamos hartos de que nos ignoren cuando hablan de nosotros, de que nos traten con paternalismo cuando se refieren a nuestra situación, de que ninguneen nuestro derecho a cobrar una pensión digna por la que, además, hemos estado cotizando toda nuestra vida. Por todo esto, los jubilados españoles nos hemos puesto, y seguimos, en pie de guerra. Y no vamos a parar.

¿Somos un estorbo por vivir demasiados años?

Como señalaba antes, una sola chispa no desencadena un incendio si previamente no concurren otros factores que alimentan el fuego. En nuestro caso, la indignación ha ido consolidándose a lo largo del tiempo a partir de pequeñas muestras de desprecio recibidas desde múlti-

ples ámbitos de la sociedad. Un día te congelan la pensión; otro, te anuncian que, como mucho, solo te la van a subir un 0,25 % aunque el precio de la vida se dispare; otro, te imponen un sangrante copago farmacéutico que deja en la estacada a los ancianos más necesitados de tratamientos médicos, muchos de ellos titulares de las pensiones más bajas...

No es agradable que por tierra mar y aire, desde la mañana a la noche, te hagan sentir que eres un problema, e incluso que te aprovechas de la crisis, pero así es como nos hemos sentido los jubilados al escuchar las declaraciones de ciertos representantes públicos. Como el gobernador del Banco de España, Luis María Linde, quien se atrevió a mezclar el cobro de nuestras pensiones con el hecho de que la mayoría de los jubilados vivamos en casas ya pagadas para concluir que, dado que ahora no tenemos que hacer frente a ninguna hipoteca, podemos apañarnos fácilmente con prestaciones más bajas. Le faltó hacernos responsables de la burbuja inmobiliaria y de la Gran Recesión.

¿Considera el señor gobernador que tener un techo bajo el que vivir es un privilegio? ¿Los mayores debemos sentirnos culpables por haber pagado hasta el último céntimo del coste de nuestras viviendas con el esfuerzo de años y años de sacrificio y trabajo? ¿Qué tiene que ver que dispongamos de un piso en propiedad con el derecho a recibir una pensión digna? ¿Por qué no se atreve a plantear este tipo de ajustes sobre el capital que atesoran los ricos y poderosos, gran parte de él oculto en lejanos paraísos fiscales o camuflado en opacas operaciones de ingeniería financiera?

Los mayores nos negamos a ser utilizados en el final de nuestras vidas, justo cuando tenemos menos fuerzas para defendernos, como coartada de sus estrategias económicas, esas que solo buscan igualarnos a todos por abajo, por el camino de la pobreza. Reclamamos pensiones dignas, fundamentalmente, por dos motivos: porque es nuestro dinero y por justicia social, porque aspiramos a dejar a nuestro paso un mundo más justo e igualitario.